



**Conferencia de las
Naciones Unidas sobre
Comercio y Desarrollo**

Distr.
LIMITADA

TD/L.363
12 de febrero de 2000

ESPAÑOL
Original: INGLÉS

Décimo período de sesiones
Bangkok, Tailandia
12 a 19 de febrero de 2000

**DECLARACIÓN DEL SR. RUBENS RICUPERO,
SECRETARIO GENERAL DE LA UNCTAD**

Poco después de la caída del Muro de Berlín, alguien preguntó al filósofo Emmanuel Levinas si creía que habían ganado las democracias. "No", dijo, "creo que han perdido, y mucho. A pesar de todos sus errores y excesos, el comunismo había significado siempre esperanzas y expectativas: esperanzas de que fuera posible reparar el daño infligido a los débiles, expectativas de un orden social más equitativo. Los comunistas, por supuesto, no tenían una solución, ni la estaban preparando; pero persistía la idea de que la historia tenía un significado, una dirección, que la vida no era absurda ni carecía de sentido. Esa era una idea surgida en Occidente en el siglo XVIII y que gracias a Marx había arraigado firmemente en el siglo XX. No creo que el haber perdido para siempre esa idea represente una gran conquista espiritual. Hasta ayer, sabíamos hacia dónde conducía la historia y qué valor debíamos dar al tiempo. Ahora vagamos perdidos y sin rumbo, preguntándonos a cada rato: "¿qué tiempos son éstos?", en tono fatalista, un poco como preguntan algunas personas una y otra vez en Rusia: "¿qué tiempos son éstos?" Ya nadie lo sabe".

GE.00-70043 (S)

BKK.00-054 (S)

Este hermoso texto de Levinas constituye un buen punto de partida. Contiene tres ideas básicas. En primer lugar, la historia, es decir, la sociedad en movimiento, tiene que tener una dirección, ha de dar un sentido a la política y a la economía. En segundo lugar, ese sentido de finalidad sólo puede derivarse de la superación de la pobreza y la necesidad, de la construcción de un mundo mejor. En tercer lugar, hemos de empezar, aquí y ahora, a mirar a nuestro alrededor y a preguntarnos: "¿dónde estamos? ¿dónde queremos ir? ¿qué tiempos son éstos?".

Estamos en los albores de un nuevo siglo, en el principio del tercer milenio. Nos encontramos en el corazón del grande y antiguo continente de Asia, en el que vive la mayor parte de la humanidad: la única región en la que, desde el ascenso económico del Japón, seguido posteriormente en su camino de prosperidad por una docena de países, como la propia Tailandia, se ha demostrado que el desarrollo no es un sueño imposible. Pero también nos hallamos en Bangkok, que hace menos de tres años fue el epicentro de un terremoto financiero que amenazó con destruir lo logrado en 30 años.

Asia ya ha salido de su crisis y ha vuelto a irrumpir con fuerza en la escena mundial, a fuerza de resistencia, trabajo duro y sufrimientos y gracias a la cooperación de la comunidad internacional. Las virtudes que impulsan esos logros de Asia siguen siendo tan válidas hoy como lo eran en el pasado: elevadas tasas de ahorro, una sólida base macroeconómica, inversión en recursos humanos, orientación hacia las exportaciones, asociación entre el sector público y el privado. Esas son las condiciones necesarias para el desarrollo, el núcleo, el mínimo común denominador en el que quizás podamos ponernos todos de acuerdo. La reciente falla masiva de los mercados financieros ha demostrado, sin embargo, que se trata de condiciones necesarias, pero no suficientes.

Esa crisis de los mercados afectó en mayor medida a los países más avanzados entre los países en desarrollo, a aquellos precisamente en los que más visibles eran las cualidades mencionadas. Es cierto que podrían haber hecho más por mejorar sus reglamentaciones y sus mecanismos de supervisión bancaria y por poner fin al amiguismo político, entre otras medidas. Sin embargo, es muy dudoso que eso los hubiera salvado del contagio, a juzgar por el ejemplo de algunas economías (Hong Kong, por ejemplo) en las que esos problemas se manifestaban en forma menos aguda y que, sin embargo, también tuvieron que pagar un alto precio en pérdida de producción y desempleo.

El hecho es que aprendimos una dura lección, la de que los progresos en el proceso de desarrollo no hacen necesariamente a un país menos vulnerable a las perturbaciones externas. Pueden mitigar los padecimientos y acortar su duración, pero no proporcionan una protección total. Ello se debe, paradójicamente, a lo mismo que hizo posible el desarrollo en Asia: la integración en la economía mundial. Fue esa integración lo que permitió a algunas economías de Asia crecer a través de las exportaciones a sus vecinos y a los mercados mundiales, pero también lo que las ha convertido en víctimas de las veleidades y caprichos de los mercados financieros, caracterizados por un "comportamiento gregario". Michel Camdessus lo expresó con claridad cuando, antes de la reunión de Lyon del Grupo de los Siete, señaló que el siglo XXI había empezado con la crisis mexicana, que había puesto de manifiesto la interrelación inextricable entre decisiones nacionales y consecuencias mundiales, y, a la inversa, entre decisiones mundiales y consecuencias nacionales.

En otras palabras, la interdependencia no es un fenómeno pasajero, y sus efectos pueden ser tanto positivos como negativos. Algunas economías, sin embargo, son más interdependientes que otras, por su mayor debilidad, vulnerabilidad y necesidad de protección.

Eso es lo que yo entiendo por el "aquí y ahora", es decir, el contexto inmediato de nuestra reunión. Este es un foro adecuado para acometer una reflexión cabal y profunda sobre la experiencia del desarrollo en los últimos decenios. Ante todo debemos hacer balance, a fin de determinar los aciertos, los fallos y sus razones. En segundo lugar, debemos preguntarnos qué elementos faltaban en el enfoque originario, que otorgaba prioridad a la acumulación de capital, al incremento de la productividad y al fomento del comercio frente a la ayuda. Algunas de las respuestas son obvias: el medio ambiente y su influencia en la sostenibilidad del desarrollo, la calidad del crecimiento, la distribución de la renta, la reducción de la pobreza, la participación de las mujeres, la creación de instituciones, el desarrollo humano. Esas son algunas de las dimensiones que han de integrarse en una nueva síntesis, un nuevo paradigma. Y, en tercer lugar, debemos discernir los desafíos que nos depara el futuro: reducir la inestabilidad de los mercados de capital a corto plazo, ampliar la base de suministro para reducir la dependencia de unos pocos productos básicos, e incorporar la tecnología a la producción, en una época en la que el desarrollo dependerá de los conocimientos más de cualesquiera otros factores, son tareas sobre las que existiría probablemente un acuerdo general, pero podrían citarse sin duda muchas más.

Como habrán notado, he evitado referirme a dicotomías extremas y mutuamente excluyentes tales como las que se plantean entre Estado y mercado, estabilidad de precios y expansión económica, flexibilidad laboral y protección del empleo, dirigismo y libre empresa, capital extranjero y capital nacional, integración y autarquía. En efecto, entiendo que esas opciones son falsos problemas, conceptualmente resueltos desde hace mucho tiempo. En vez de perder el tiempo librando de nuevo batallas pasadas, hemos de concentrarnos en los desafíos reales del presente, centrándonos en los hechos y los datos empíricos y no en las ideologías, tratando, entre otras cosas, de armonizar y compatibilizar los elementos de las dicotomías tradicionales de manera que se refuercen mutuamente en forma más coherente.

El concepto clave es aquí el de coherencia, no sólo entre el entorno económico externo y las políticas internas, sino también dentro de cada uno de esos polos. A ese respecto, el caso del Asia sudoriental puede ser paradigmático. Un problema que empezó a manifestarse en el sector financiero se extendió rápidamente al ámbito monetario y condujo a un derrumbe de los mercados comerciales en todo el mundo. ¿Habría sido posible abordar los problemas financieros y monetarios con políticas que, en vez de obligar a los países afectados a limitar sus importaciones, los ayudaran a recuperarse a través del fomento de las exportaciones, manteniendo alto el nivel de la demanda de importación? O, por expresarlo de manera ligeramente diferente, ¿habría sido posible aplicar políticas que introdujeran una mayor coherencia entre las esferas financiera, monetaria y comercial?

Esas consideraciones se aplican también, como es natural, a las políticas internas, y no sólo en sus dimensiones monetaria y fiscal, sino también en lo que respecta a las políticas sociales en el sentido más amplio. Los ciudadanos del mundo en desarrollo convendremos probablemente en que una administración eficiente y honesta, el respeto a los derechos humanos y sociales, una inversión sustancial en recursos humanos, en educación y en salud, y un medio ambiente no degradado son componentes indispensables de toda estrategia de desarrollo adecuada y sostenible. Es cierto que esos objetivos han sido en ocasiones instrumentalizados o políticamente utilizados en forma parcial y selectiva para discriminar o imponer condiciones no razonables, pero no por ello resultan menos deseables o decisivos. Después de todo, si queremos el desarrollo es precisamente para llegar a gozar de esos beneficios. Y si la mundialización tiene algún sentido profundo, éste reside en la universalidad de los valores democráticos y los

derechos humanos, en la conciencia de que no pertenecen a una cultura o grupo de países determinados, sino que constituyen la base de una ética mundial que promueva el diálogo, el entendimiento y la cooperación entre culturas, religiones y civilizaciones, en vez de enfrentamientos, conflictos e intolerancia.

A pesar de la validez de esa observación, el mundo sigue siendo un lugar muy heterogéneo y lleno de desequilibrios, y cuando los países buscan la coherencia o promueven aspiraciones universales lo hacen desde puntos de vista extremadamente diferentes. Al tratar de comprender el proceso de desarrollo, no hemos de olvidar esa extraordinaria variedad de condiciones, ni la dotación desigual de los países. La complejidad subyacente del proceso de desarrollo exige flexibilidad, gradualismo, adaptabilidad, diversidad de políticas y terapias y un escalonamiento adecuado de las reformas. De ahí que no haya un conjunto inmutable de recetas, ningún paradigma ni consenso infalible o dogmático. De Gasperi, el padre fundador de la República Italiana, solía decir que no es verdad que la política exija paciencia, sino que la política es paciencia. De la misma manera, podemos decir que el desarrollo es paciencia.

Sin duda. Pero también es solidaridad. En la búsqueda universal de coherencia, eficiencia y competitividad habrá ganadores y perdedores, no sólo entre personas y empresas, sino también entre países, regiones y continentes enteros. África, por ejemplo, y los 48 países menos adelantados (de los que 33 se encuentran en África), o, por lo menos, la mayoría de ellos corren el peligro de convertirse en los perdedores absolutos en ese juego. ¿Tenemos el derecho moral de permanecer indiferentes a su suerte? No cabe duda de que esa situación obedece en parte a causas internas, algunas de ellas dimanantes de deficiencias humanas y otras de carácter objetivo, geográfico. ¿Nos exime eso de toda responsabilidad por la situación? ¿Podemos, con egoísmo indiferente, condenar a una "vida de silenciosa desesperación" a centenares de millones de semejantes?

Algunos siguen insistiendo en que la mejor forma de abordar el problema es establecer un terreno de juego nivelado eliminando sencillamente los mecanismos que distorsionan los precios y creando igualdad de oportunidades para todos. Lo cierto es, sin embargo, que las situaciones de partida de las personas y de los países son enormemente diferentes entre sí. ¿Puede hablarse de verdadera igualdad en ese caso? ¿No se impone el reconocimiento de que el juego de la competencia exige, como todos los juegos, no sólo reglas claras y árbitros imparciales, sino

también entrenamiento y preparación? ¿No lo han entendido así los países que, contando con minorías desfavorecidas, afectadas por una larga historia de postergación, les aplican programas de "discriminación positiva" que persiguen no una igualdad hipotética, sino la igualdad efectiva consistente en proporcionar a los necesitados, es decir, a los desiguales, oportunidades específicas y diferenciadas de aprender a competir, a producir, a comerciar? Se trata de una labor paciente que comprometerá probablemente a generaciones, que exigirá un esfuerzo masivo y concertado de cooperación para el fomento institucional y de la capacidad, como el que están reclamando el Presidente Clinton y otros dirigentes mundiales. Se trata de una empresa difícil, pero que vale la pena acometer, una empresa que nos acerca al elevado ideal que expresó el Dr. Martin Luther King cuando escribió desde Birmingham: "Una injusticia en cualquier parte es una amenaza a la justicia en todas partes".

En eso consiste, en su sentido más amplio, la solidaridad. Deriva, por supuesto, de la unidad fundamental de la especie humana, el único fundamento posible de una responsabilidad compartida en las cuestiones relacionadas con el medio ambiente mundial y los derechos humanos, pero también en la lucha contra la pobreza y la exclusión. Eso quería decir la Sra. Sadako Ogata, Alta Comisionada de las Naciones Unidas para los Refugiados, cuando señaló que no podrá hablarse verdaderamente de mundialización mientras no terminemos con el genocidio. Y el concepto no se limita al imperativo moral, al compromiso ético con los débiles y los vulnerables. La solidaridad también tiene un sentido puramente económico, objetivo, es también una cuestión de beneficio mutuo. De ahí que en la UNCTAD nunca hablemos de mundialización sin añadir inmediatamente "e interdependencia".

Hay una corriente de mundialización basada en una actitud arrogante, interesada exclusivamente en el poder ilimitado e incontrolado de capitales volátiles y en la búsqueda de beneficios. En cambio, el concepto de interdependencia guarda relación con la comunidad de intereses, con la existencia de situaciones en las que todos ganan. Pone de manifiesto los vínculos que unen, en el plano interno, a la empresa con sus trabajadores, la comunidad local y los productores y consumidores nacionales, y, en el plano internacional, a los proveedores con los importadores de productos, y a las economías emergentes que ofrecen posibilidades de rápido crecimiento con los proveedores de capital y tecnologías de las economías maduras.

Desde sus comienzos, la UNCTAD viene insistiendo en tres ideas fundamentales. En primer lugar, que el crecimiento de los países en desarrollo depende de la tasa de expansión económica y de crecimiento de la demanda de importaciones de los países industrializados, y a la inversa. En segundo lugar, que las economías emergentes sólo podrán lograr todo su crecimiento potencial si son capaces de complementar y multiplicar los recursos nacionales con aportaciones financieras, inversiones y tecnología del exterior. En tercer lugar, que el comercio es el instrumento que mejor permite poner en marcha un ciclo de realimentación del desarrollo, pero para poder desempeñar esta función tiene que promover el acceso dinámico de mercancías y servicios con un contenido tecnológico y un valor añadido cada vez mayores a los mercados de las naciones desarrolladas.

En una de sus declaraciones ante el primer período de sesiones de la UNCTAD, en 1964, el Dr. Prebisch se extendió sobre lo que entonces se denominaban "brechas comerciales", es decir, en sus propios términos, el hecho de que "las importaciones de bienes de capital y de otra clase que requieren los países en desarrollo exceden considerablemente lo que ellos pueden financiar en este momento con el producto de sus exportaciones". Si estos países podían lograr la tasa mínima del 5% de aumento anual del ingreso establecida por las Naciones Unidas para el decenio, objetivo que él mismo describía como "una tasa muy modesta, que será necesario superar tan pronto como se hayan creado las condiciones necesarias para aumentarla", hasta 1970 la "brecha comercial" sería de 20.000 millones de dólares. Prebisch señalaba que la brecha significaba que no podrían exportarse bienes de capital por un valor de 20.000 millones de dólares, una pérdida de posibilidades de exportación promisorias que padecerían las industrias de las economías avanzadas. A valores corrientes, esa cifra ascendería hoy a 200.000 millones de dólares.

El pasado año, en el Informe sobre Comercio y Desarrollo, de la UNCTAD, se volvió a examinar esta idea. En el Informe se constataba que, a pesar de los resultados de las Rondas de Tokio y Uruguay, el promedio de los déficit comerciales de los países en desarrollo durante el decenio de 1990 fue 3 puntos porcentuales del PIB superior al déficit de los años setenta, mientras que el crecimiento económico era 2 puntos inferior. Lejos de cumplir o superar el objetivo de un crecimiento del 5%, muchos países no han logrado llegar ni siquiera al 3% de tasa

anual durante el decenio. Tal ha sido el caso, por ejemplo, de América Latina, donde, al mismo tiempo, el déficit comercial se elevaba al 4% aproximadamente.

Naturalmente, hubo algunas excepciones brillantes, muchas de ellas en Asia, y los motivos de los mediocres resultados generales son diversos. Ha tenido un peso importante el lento crecimiento de la economía y de la demanda de importaciones de las naciones industrializadas. Igualmente, tienen también su parte de responsabilidad la caída de los precios de los productos básicos y el deterioro de la relación de intercambio, lo mismo que la adopción de unas políticas inadecuadas por los países en desarrollo. No cabe negar, sin embargo, que una parte importante de la culpa debe atribuirse a la forma desequilibrada en que se ha procedido a liberalizar el comercio. Una persona nada sospechosa de abrigar algún reparo contra la mundialización, el Profesor Harold James, de Princeton, escribió en diciembre, en una de las publicaciones del FMI, que el éxito para el sistema de comercio se había logrado a costa de excluir deliberadamente a la agricultura y los textiles y el vestido. Por supuesto, cabe discutir esa afirmación pero es un hecho indiscutible que, tras 53 años de existencia, el sistema no ha podido dar una respuesta clara a la necesidad de integrar estos dos sectores de importancia fundamental para los países en desarrollo.

Durante muchos años, la voz de la UNCTAD ha sido casi la única que ha señalado el problema. Hoy, no obstante, nos agrada el apoyo que estamos recibiendo de diversas partes. La Sra. Claire Short, Secretaria de Estado de Cooperación para el Desarrollo del Reino Unido, ha pedido que se lance una "ronda del desarrollo", el Sr. Mike Moore ha hablado elocuentemente en el mismo sentido durante la reunión Ministerial del Grupo de los 77 y China, en Marrakech, y lo mismo han hecho el Presidente Clinton en Davos y el Sr. Pascal Lamy en Bruselas. En el OXFAM, en la conferencia Gilbert Murray del 11 de enero, el Sr. Gordon Brown, Canciller del Exchequer del Reino Unido, señalaba que "la piedra de toque de las conversaciones comerciales será el beneficio que de ellas se derive para los países en desarrollo". Para hacer avanzar a la OMC, añadía, ésta tiene que reflejar "las necesidades y opiniones de los países en desarrollo y permitirles participar plenamente en los debates y sentirse identificados con el acuerdo final".

Podría muy bien detenerme aquí si no fuera porque me doy cuenta de la enorme labor pendiente para traducir estas palabras en actos. En este sentido, la función de la UNCTAD es clara. Como organización basada en el conocimiento y en el consenso, debe ofrecer asistencia a

los países en desarrollo para establecer las instituciones y desarrollar los conocimientos prácticos necesarios para formular políticas comerciales, de inversión y económicas en general, negociar con éxito con sus interlocutores y aprovechar lo mejor posible las concesiones resultantes de las negociaciones.

La condición previa para el logro de este objetivo es que la secretaría lleve a cabo estudios y análisis originales y de gran calidad, pero también con el complemento y las aportaciones de los debates con expertos externos y los intercambios con organizaciones internacionales semejantes. Ello facilitará el consenso entre países en diferentes etapas del desarrollo y sentará las bases para la aplicación práctica, ya sea a través de proyectos tales como el programa positivo para las negociaciones comerciales, la diplomacia comercial y los programas de formación para la inversión, o mediante proyectos de fomento de la capacidad nacional o regional en todas las esferas relacionadas con el comercio, la inversión y otras cuestiones conexas.

Sin embargo, el hecho de poder negociar eficazmente no es suficiente cuando no hay nada que negociar. El problema de muchos países en desarrollo, posiblemente la mayoría de ellos, no es tanto de acceso a los mercados como de suministro. Una economía que dependa del café, el cacao o el petróleo para obtener el 70% de sus ingresos de divisas, como ocurre en más de 45 países sólo en África, no podrá limitarse a negociaciones comerciales que, por sí mismas, no resolverán sus problemas de suministro. La ampliación de la base productiva o el desarrollo de la capacidad para ofrecer distintos bienes y servicios en el mercado es algo que requiere, mucho más que asistencia técnica, inversiones, tecnología y conocimientos empresariales nacionales y extranjeros sostenidos.

En el mismo discurso al que ya he hecho referencia, el Dr. Prebisch declaró proféticamente: "Creo que alguna vez habrá que llegar a una organización (de comercio) internacional de mayor envergadura, con algunas facultades supranacionales que por ahora no parecerían tener general aceptación."

Esto acabó produciéndose cuando se creó la OMC con el apoyo de los países en desarrollo, que se habían convencido de que tenían interés en promover un sistema multilateral basado en reglas que se concretizara en una institución y no en un contrato de aplicación provisional. Por supuesto, no tenía todas las características que Prebisch había considerado. Teóricamente, ese

tipo de organización debía proporcionar la previsibilidad y seguridad del imperio de la ley, además de una participación equitativa y equilibrada en los beneficios del sistema para reducir la distancia que separa a los muy ricos de los muy pobres.

Desde luego, existen muchas posibilidades de mejora en todas estas esferas, e incumbe a la UNCTAD, en su calidad de órgano de la Asamblea General de las Naciones Unidas que tiene el mandato de promover el desarrollo mediante el comercio, desempeñar una legítima función a este respecto. Es una labor en la que han de cooperar todos los países, en el marco no de un sistema alternativo e ideal utópico, que sólo existe en los sueños, sino desde el interior del único sistema real existente, que es imperfecto pero puede perfeccionarse, como ocurre con todos los seres humanos y todas las instituciones.

Paul Tillich escribió que, frente al sentimiento de muerte y destrucción que caracterizó el fin del mundo antiguo grecorromano o de culpabilidad moral de la baja Edad Media, nuestro mundo se caracterizaba por un sentimiento de vacío y de falta de espiritualidad.

No hay duda de que este comienzo de un nuevo siglo, de un nuevo milenio, se ha caracterizado por un sentimiento de angustia y ansiedad con respecto a la mundialización, que se percibe como una amenaza contra los valores humanos y contra la posibilidad de una vida fértil y con sentido. Tal vez esto tenga algo que ver con el resurgimiento de movimientos políticos extremistas, incluso cuando no se dan las causas históricas que fueron las responsables de su primera aparición en el decenio de 1930.

Es preciso afrontar estos temores y preocupaciones de la sociedad, y debe iniciarse un diálogo estructurado y sistemático entre los gobiernos, las organizaciones internacionales y todas las personas interesadas. Debemos inspirarnos en los "Cahiers de Doléances", las listas de agravios en las que la población expresaba sus necesidades en vísperas de la Revolución Francesa. En la actualidad, sin embargo, deberíamos redactar "Listas de Esperanzas", en las que expresar nuestros deseos y aspiraciones. En lugar de utopías, debemos recordar lo que Alexander Herzen tan bien expresó: "un objetivo a plazo indefinido no es un objetivo sino un engaño; la consecución de un objetivo debe ser algo más inmediato -por lo menos el salario de un trabajador o el placer por el trabajo bien hecho". Señor Presidente, damas y caballeros: el deber de los gobiernos y de las organizaciones internacionales que se han congregado en

esta Conferencia de Bangkok es ofrecer al ciudadano común de Asia, de los países desarrollados y en desarrollo y, especialmente, de los países más pobres del mundo razones realistas, creíbles y prácticas para esperar un futuro algo mejor que el cementerio de utopías e ilusiones que dejamos atrás.
